

Para una comprensión teológica de la Biblia cristiana

Dr. Emilio G. Chávez

Propósito. En estas páginas presentaremos una visión de la “Biblia cristiana” desde el punto de vista de su canon, pero visto desde una perspectiva judía del primer siglo de la Era Común (“después de Cristo”). Es decir, desde la perspectiva del “canon” de Jesús; pongo “canon” entre comillas porque aún no estaba cerrado, al menos de manera oficial y definitiva, este canon: específicamente, su tercera parte, los “Escritos,” que para los judíos hoy comienzan con los Salmos y terminan con los libros de las Crónicas. En Lc 24:44, encontramos un buen indicio de esta forma tripartita del canon que estará vigente en el judaísmo: la Ley de Moisés (el “Pentateuco”), los Profetas (comenzando con los “Profetas anteriores”: Josué, Jueces, los libros de Samuel y de los Reyes, seguidos por los “Profetas posteriores: Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce) y los “Salmos,” es decir, el libro que encabeza estos “Escritos” y quizá el más importante de ellos. En esta tercera parte del “canon” había lugar para diferencias entre grupos judíos piadosos si bien quizá disidentes: así los qumranitas (Esenios) no incluían a Ester y probablemente sí —a juzgar por las copias que hacían— a otros libros como Jubileos y 1 Henoc. La epístola de Judas en el Nuevo Testamento, v. 14, parece citar a Henoc como ‘profeta’. Por otro lado, muchos ven en el *loguion* (dicho) Q (esa fuente primitiva de dichos de Jesús que encontramos en Mateo y Lucas) en Lc 11:51 (trasmitido de modo diferente en Mt 23:35) como una recapitulación de toda la Biblia judía, mediante la mención del primer asesinato (de Abel) hasta el último, el del sacerdote Zacarías en 2 Cr 24:20-21. Vamos a ver qué significado teológico tiene este canon tripartita, tanto para los judíos como para los cristianos. Veremos que tiene todo un significado esencial, que de algún modo explica e ilustra toda la revelación divina, es decir, lo que nos dice la Palabra de Dios (que es el mismo Jesús).

El “Antiguo Testamento”

La primera división, la Torá, y su significado. Los primeros cinco “Libros de Moisés” comienzan con la creación del mundo y de Adán y Eva, que se encontraban en

un jardín paradisíaco en donde gozaban de la presencia de Dios. Todo era armonía y no había violencia, pues imperaba un orden vegetariano: Dios sólo les dio hierbas, semillas y frutas de comer. No había bochorno aunque estuviesen desnudos.

Todo cambia con la desobediencia de Adán y su mujer, que surge del deseo de ser como dioses. Esta desobediencia les trae, de manera metafórica, la muerte, la ausencia de Dios, el rompimiento de la comunión con él (de hecho, los muertos, en los primeros siglos de la historia de Israel, yacen en el *šeol* y ni pueden alabar a Dios ni gozar de su presencia; ver p.e., Sl 88:10; 115:17). Pero más específicamente, la expulsión del jardín representa el primer y prototípico exilio; aún rezamos “*exules filii Evae . . . et post hoc exilium . . .*”. Y ya desde este castigo viene una sugestión de salvación: la enemistad entre la “semilla” de la mujer y la serpiente, cuya cabeza aquél herirá, Gn 3:15; ver Ap 12:1-9; 13:3.

Después de la Caída todo va de mal en peor, hasta que Dios se arrepienta de haber creado. Manda el diluvio, salvando al pequeño resto de Noé; el mundo nuevo comienza el día de Año nuevo, Gn 8:13, y trae las mismas bendiciones que al principio, Gn 1:28-30; 9:1-7, sólo que Dios reduce a sus exigencias, por ahora permite que se mate animales (no seres humanos) como alimento. La purificación con agua no fue tan profunda; grupos apocalípticos después esperarán una purificación con fuego (cf. Mt 3:11; Lc 3:16). La armonía primitiva se ha roto. Aunque al hombre se le dice que le infunda temor a las bestias, Gn 9:2, el dominio del ser humano sobre éstas (las relaciones establecidas por Dios en su intención original, Gn 1:28) de hecho no se restablecerá hasta que se les quite el dominio a las bestias opresoras y se le devuelva a “uno como un hijo de hombre,” o sea, al “hijo de Adán,” Dn 7:12,14 (cf. Lc 3:38).

Podemos ver al resto del Pentateuco, de la Torá, como el libro del Exiliado, del que busca la presencia de Dios. Para el judío, de hecho, es casi como el manual exílico permanente, pues la Torá es eterna y fue escrita (o finalmente editada) para el judío en el exilio (babilónico). La Torá termina al borde de la entrada a la Tierra prometida, en las estepas de Moab, donde Moisés recapitula todo el camino de Israel desde el Sinaí, lugar de la presencia de Dios, hasta la casi entrada a la Tierra (otro lugar de la presencia de Dios). El fin de la Torá es pues anticipatorio, no es un fin, sino una expectativa. A fin de

cuentas, entrar a la Tierra será la salvación, será regresar a la presencia de Dios. Dos textos en particular nos indican esto.

En Ex 15:1-21 tenemos en famoso “cántico de Moisés,” cuando Dios salvó a los israelitas de los egipcios que los habían esclavizado. Aquí se ve que la meta del Éxodo era la presencia de Dios, su “santa morada” (v. 13), un templo construido por mano de Dios (por ende, no hecho por el hombre), v. 17. Esto será el reino de Dios, v. 18.

El otro texto se encuentra en Ex 23:20. Dios envía a su ángel “delante” de Israel para conducirlo al Lugar que le tiene “preparado.” “Lugar” aquí significa “templo,” como en 1 Re 8:27-29, 39, 43, 49; cf. Is 66:1; Jn 11:48; He 6:13-14. Este pasaje será “reciclado,” releído, al final de los Profetas, en Ml 3:1, sólo que ahora el que “regresa” es también el Señor *a su templo*. Al final, tanto Israel debe “volver” a su Tierra, lugar de la presencia divina, como el Señor debe volver a su pueblo, y específicamente, a su morada. Así se promete en textos como Ez 37:20-28 (cf. Ap 21:3). No sólo es el hombre quien debe “volver” a su Dios, Os 14:2: Dios también tiene que volver a su pueblo, Sl 80, cuando el pueblo esté bien dispuesto.¹

Los Profetas anteriores. Aquí se trata de una unidad, o mejor, subunidad, muy significativa. Los estudiosos la llaman la “historia deuteronomica o deuteronomística.” Los libros de Josué a Reyes narran desde la conquista de la Tierra hasta la expulsión y exilio de los israelitas, primero las tribus del norte (a los dominios de Asiria), después la tribu de Judá (y quizá también la pequeña tribu de Benjamín) a Babilonia. Es una unidad, como la Torá, también sin un verdadero fin, pues todo reclama la vuelta a la Tierra. De hecho, esta historia tiene un prólogo, y el prólogo es Deuteronomio. Luego Deuteronomio sirve de bisagra entre los primeros cuatro libros del Pentateuco y los siguiente cuatro libros, los Profetas anteriores. ¿Y qué decía Deuteronomio? Que si los israelitas violaban el pacto, irían al destierro. No sólo a cualquier “destierro”: volverían a Egipto (Dt 28:68), a donde nunca jamás deberían volver. Egipto es el lugar de esclavos, donde aún no se es pueblo de Dios, antes de la alianza (ver Ex 19:3-6). Ahora bien, aunque sabemos que la mayoría de los exiliados de Judá fue llevada a Babilonia, un agudo teólogo bíblico editó la historia deuteronomica para presentar las cosas como una

¹ Se puede consultar, *passim*, mi artículo “Interpretación teológica de la acción de Jesús en el templo según el evangelio de Marcos,” en *AnáMnesis* 34 (2007) 1-65, quizá especialmente las páginas 14-15, 20-21, 47-51.

vuelta simplemente a Egipto: en 2 Re 25:26 se dice que “todo el pueblo, desde el más pequeño hasta el más grande . . . se fueron a Egipto.” Los Profetas anteriores son una historia de fracaso, por haber violado, roto, la alianza.

Los Profetas posteriores. La segunda parte de los Profetas son éstos, los “últimos” (en hebreo, *ajaronim*, como los “anteriores” son *rišonim*, “los primeros,” o los del principio, Za 1:4). A la historia de fracaso entendida como Exilio (todo comienza y termina en “Egipto”) siguen promesas de salvación. Estos profetas se dividen en dos grupos, 3 + 12 (en la Biblia judía Daniel no está entre estos libros, sino en los “Escritos”), recordando a los tres grandes patriarcas y los doce hijos del tercero, Jacob-Israel (padre de las doce tribus). Casi todos estos profetas datan de antes de los exilios asirio y babilónico, y la mayoría tuvo quizá en primer lugar un mensaje de advertencias y condena, pero todos forman parte de los profetas de la esperanza salvífica por haber sido editados, completados, con un mensaje de salvación. El caso que más sobresale es quizá el de Amós, profeta bien condenatorio, pero cuyo libro termina con una adición bien bella: “en aquel día” (expresión escatológica si no apocalíptica) el Señor levantará (término que también se aplica a la resurrección, en hebreo) la “choza” en ruinas de David. Es decir, en primer lugar, la dinastía davídica caída tras el exilio de Babilonia será restaurada, pero ya en sentido “mesiánico,” muy diferente a los reyes mediocres o malos que habían llevado el pueblo a la ruina. Este nuevo rey definitivo será como el “Germen Justo” (otra expresión mesiánica) de Jr 23:5-8, que salvará a Judá en el contexto de un éxodo nuevo que hará olvidar el de Egipto, que le quedará muy pequeño.

Otros aspectos de la salvación “mesiánica” son:

1) la nueva alianza o la eterna alianza, que viene a ser lo mismo. Jr 31:31-34 es el único en usar la expresión “alianza nueva,” que no es como la del Sinaí que rompieron los antepasados. Esta será una Torá escrita en el corazón, que conllevará el perdón de los pecados. Se le ha llamado “operación al corazón” (¿desviación coronaria?). Este pasaje se encuentra en el contexto de la deseadísimas Vuelta a la Tierra, Jr 30-31, que representa la restauración salvífica.

La alianza eterna se remonta a la que fue hecha con Noé en Gn 9; mejor dicho, con toda creatura, cuyo símbolo es el arco iris, quizá un arco colgado en señal del fin de la Guerra (de toda guerra, entre los hombres y con Dios). En el exilio babilónico se

acudió a esta alianza. Ez 36:16-37:28 habla de la Vuelta a la Tierra después de que se arrepienta Israel de su impureza. Yahveh recogerá a Israel (los dos palos en Ez 37:15-19 son las doce tribus reunidas; esto es lo que significó Jesús con los Doce apóstoles) y la lavará con agua pura, y les dará un corazón nuevo (ahora sí, ¡un trasplante!). Esto lo hará por un solo pastor bueno, “David mi siervo” (Ez 34), que buscará las ovejas perdidas y será médico para las enfermas. Aquí tendrá lugar una “alianza de paz (¿otra vez el arco iris?), Ez 36:25 y todo volverá como fue en Edén, Ez 36:35. La culminación será Dios habitando con su pueblo como si fuera por primera vez, Ez 37:26-28. Se puede pensar en otro Año Nuevo, pues así lo era para el Sacerdote (como lo fue Ezequiel) que le dio esta fecha tanto a la primera creación en Gn 1 como a la nueva creación que vimos en Gn 8:13 después del diluvio como a la fecha en que se erigió la Morada de Dios para que acompañe a Israel en Ex 40:1, 17, 34. A este habitar en esta Tienda se refiere Jn 1:14 (la Encarnación), y a la sombra o nube que la cubrió se refiere Lc 1:35 (la Anunciación).

Luego las dos primeras grandes unidades de la Biblia hebrea terminan con una expectativa de salvación, representada en Deuteronomio como entrada a la Tierra (como si fuera por primera vez). Pero Deuteronomio también habla de un corazón nuevo o cambiado (circuncidado, Dt 30:6), de una Ley/Torá o “Palabra” que está bien cerca, en el corazón, Dt 30:14, y hasta de una alianza si no “nueva” sí diferente de la del Sinaí, Dt 28:69, alianza que hasta el día de “hoy” (término atemporal muy querido por Deuteronomio; cf. Lc 4:21) no habían podido entender, Dt 29:3. Esto sólo se comprendería “al final de los días,” Dt 4:29-31, cuando Israel busque al Señor de verdad, o quizá mejor, el Señor, mediante sus purificaciones, haya alcanzado a Israel. Es decir, cuando Israel se “convierta,” que en hebreo es lo mismo que “volver”: volver a Dios, retornar a su Tierra/Presencia, “vuelta” (o cambio) de suerte, como se ve en las diferentes traducciones de este verbo hebreo en Sl 126:1.

2) Otro gran tema es el del Nuevo Éxodo, en ningún lugar mejor expuesto que en el “Segundo Isaías,” a partir del capítulo cuarenta (aunque hay adiciones aún más tardías en la primera parte de este profeta). El Nuevo Éxodo (de Babilonia) será infinitamente superior al de Egipto, pues ha terminado el período de castigo de Israel. A esto lo llama Isaías la “Buena Nueva” (Is 40:9; 52:7; 61:1). Yo he asociado el castigo o “corrección” necesario para “volver” (a la Tierra, a Dios, para que Dios mismo vuelva) al sufrimiento

del Siervo en los famosos “cánticos.”² En el cuarto, Is 53:5, se dice que Yahveh hizo caer sobre él la “corrección” que nos trajo la salvación (*šalom*). En lo que quizá es el “quinto cántico,” ya en lo que se suele llamar el “Tercer Isaías,” lo que anuncia como Buena Nueva a los pobres este Ungido (Mesías) del Espíritu es el gran *d̄ror* (“liberación”) del Jubileo, Is 61:1; Lv 25:10. En el Jubileo todos tornaban a casa, al hogar, se perdonaban todas las deudas, y como tenía lugar en el gran día de la expiación (*Yom Kippur*), todos los pecados se perdonaban, Lv 25:9; 16:16. Ahora, Yom Kippur era el único día en que entraba el sumo sacerdote en el santo de los santos para expiar con sangre. Cf. Heb 9 (Jesús es el logra penetrar en el verdadero santuario de Dios, con su propia sangre).

3) Esto nos lleva al otro gran tema de los Profetas posteriores, esta vez de nuevo Ezequiel. La visión de este sacerdote-profeta termina con lo que más le importaba, la presencia divina, representada por un magnífico templo escatológico que parece descender del cielo; al menos, contrario a la “primera tienda” de Ex 25-40, en ningún lugar se le ordena a nadie que construya este templo (cf. Heb 8:5). Este templo se caracteriza por abundante agua que da vida procedente del lado oriental, Ez 47. La presencia divina glorificará a Jerusalén, como en Is 60-62, la hará brillar; en el modo escatológico, la Ciudad santa recibe un nuevo nombre, la última palabra del libro: *yahweh šammah*, “Yahveh está ahí” (¿como “Dios-con-nosotros”?)

Ahora volvamos otra vez al final de Amós. La choza caída de David, su dinastía, era lo que este rey había recibido como promesa divina (quizá la primera “alianza eterna;” ver Sl 89:20-38) cuando había querido construirle a Dios una casa (templo). Dios no necesitaba que le hicieran una casa, 2 Sam 7. Es Él el que le hará una casa a David, es decir, le dará una descendencia— en hebreo, una “semilla”— real, para quien Dios sea padre y éste hijo, 2 Sam 7:12-15; cf. Gal 3:16. Los qumranitas combinaron estos textos y los aplicaron al templo escatológico que Dios construiría al final de los días, según Ex 15:17 (lo que llamamos más arriba la “meta del éxodo”); *4QFlorilegio* (“rollo del Mar Muerto” donde se habla de un “templo de Adán” o “de hombre[s]).” Para el Cuarto evangelio (el de “Juan”), Jesús es este nuevo templo (no hecho por manos de hombre, Mc 14:58), Jn 2:19-21. ¿No será también él la vid en donde debemos permanecer como

² Ver mi artículo “Algunos apuntes sobre el concepto bíblico de la ‘disciplina’ o ‘corrección,’” en *AnáMnesis* 35 (2008) 13-19.

sarmientos, el “Lugar” (templo) preparado para nosotros, Jn 14:2? Jesús es la meta y el camino del Último Éxodo, el mismo éxodo que él andó en su pasión (según el texto griego de Lc 9:31; todas las Escrituras, la “Ley y los Profetas,” representados por Moisés y Elías, de lo que hablan con Jesús en la Transfiguración es de su “éxodo” que debía cumplir en Jerusalén). Y esto nos lleva a lo siguiente.

El último libro de los Profetas. La segunda gran división de la Biblia hebrea termina con Malaquías, que significa “mi ángel” o “mi mensajero.” Los dos primeros capítulos ilustran muy bien el estado de ánimo de la comunidad judía del período posexílico, descrito como de *anomie*, literalmente “falta de ley,” es decir, desorientación, depresión, carencia de meta y rumbo, desánimo (es un término inventado por el sociólogo judío-francés Émile Durkheim; cf. *anomía* en Mt 24:12; 2 Te 2:3-4). Dudan de esa gran “parusía” de Yahveh, el famoso “Dios del juicio” que cambiaría la suerte de su pueblo sometido y pobre, Ml 2:17. Pero el último capítulo es dinámico, anuncia la repentina venida del Señor (aquí *ha-adón*, y no “Yahveh”) a su templo. Es el “ángel de la alianza” tan deseado, y viene a purificar a los levitas (de cuyos círculos proviene este libro, y no de grupos sadiquitas, que se habían apoderado del sacerdocio judío en exclusiva) para que puedan ofrecer la *minjá*, la ofrenda de cereal concebida, según Alfred Marx, en *Les systèmes sacrificiels de l’Ancien Testament: Formes et fonctions du culte sacrificiel à Yhwh* (Supp. Vetus Test. 105; Leiden: Brill, 2005) como una especie de pago a Dios por estar en la Tierra (alquiler). Este capítulo fue llamado por el recientemente fallecido pero grande Harmut Stegemann como el relato vocacional de Juan Bautista. Lo que es más de notar es que al final de los profetas (Ml 3:1) se recurre a la promesa del ángel guía del éxodo de Ex 23:20; aquí se habla del “Lugar” que Dios le tenía preparado a Israel, allí al “templo” al que en seguida vendrá el Señor. Ambos pasajes sobre el Éxodo están combinados en Mc 1:2, junto con el comienzo del Segundo Isías, el único profeta que se nombra aquí, el profeta del Nuevo Éxodo y del “Siervo Sufriente.” Es también el profeta de la Buena Nueva del éxodo definitivo, la voz que clama en el desierto preparando la Venida del Señor (la “salvación”). Se anunció el fin del período del “desierto” del exilio. Testimonio de esto parecen dar, aquí también, Moisés y Elías, Ml 3: 22-23 (al final del libro), es decir, la Ley y los Profetas.

La última parte de la Biblia judía, los “Escritos.” Yo pienso en los Escritos como un cesto o arca donde se metió el resto del canon judío. Como dije, fue la última parte en cerrarse canónicamente, probablemente de manera “oficial” sólo a finales del primer siglo de la Era Común (EC, “después de Cristo”). Ya para ese entonces el judaísmo oficial, el que triunfó después de la destrucción del templo en 70 EC, excluyó casi toda la apocalíptica judía (lo que llamamos “apócrifos del Antiguo Testamento,” o libros “pseudepigráficos”), a la que culpaba de haber calentado las cabezas delirantes de los que se sublevaron contra los romanos en 66 EC, el año en que comenzó esa guerra desastrosa (finalmente terminada en Masadá en el 73). El apocalipsis que tuvo entrada, no sin dificultades, fue el Libro de Daniel, cuya segunda parte, los capítulos 7 al 12, son clásicamente apocalípticos. Cabe notar aquí que nosotros en estas páginas no nos ocupamos de los libros deuterocanónicos, ni de las partes deuterocanónicas de libros canónicos, como serían Dn 13-14. De hecho, el canon cristiano destruye el magnífico orden del canon judío al querer poner a Malaquías (y a los Profetas posteriores) en último lugar, como para preparar la lectura del Nuevo Testamento (se pasa del anuncio del envío escatológico de Elías al principio de los evangelios, donde aparece en primer lugar la figura del Bautista como Elías *redivivus*.³ Pero este procedimiento conlleva estorbar a los Profetas anteriores (Historia deuteronomica) con Rut e especialmente interrumpir la continuidad entre Profetas anteriores y posteriores, además de abolir el puesto tan significativo de Crónicas como último libro del canon judío, como veremos. Con todo, cabe notar que en algunos cánones de la Septuaginta—según los más antiguos códices unciales Vaticanus, Alexandrinus y en algún momento también el Sinaítico— y como en la famosa y muy común edición de Rahlfs, los libros finales son los Profetas posteriores, sí, pero en este orden: los Doce seguidos por los grandes tres (Isaías, Jeremías y Ezequiel) más ¡Daniel! Este último, que habla del fin de los tiempos (y trata de calcularlos), del Hijo del hombre, del Reino y de la resurrección final, sería también un excelente final al “Antiguo Testamento.”

Pero veamos el significado cristiano de los Escritos, no cada uno de ellos, sino el primero y el último de estos libros. El primero son los Salmos, que como vimos, es el nombre de esta tercera parte de la Biblia hebrea que Jesús le da en Lc 24:44. Los Salmos

³ Ver mi artículo “La huída de Elías al Horeb,” en *AnáMnesis* 23 (2002) 5-15.

son la oración de Israel, mayormente puesta en boca de su gran Rey, David, el padre del Mesías. El orante se queja, es perseguido, siente el peso de sus pecados y enfermedades, el abandono de sus amigos y familiares. Celebra las subidas a Jerusalén, a contemplar la faz de su Dios. Celebra la entronización de su rey, cabe decir, de su Dios. Habla del mesías como del hijo de Dios, Sl 2:7, o como sacerdote según el rito de Melquisedec, Sl 110. Son casi siempre plegarias de esperanza, o que desembocan en la esperanza (como el Sl 22): se puede decir, de esperanza salvífica, mesiánica. Y así forman, en los cinco libros en que se han dividido, una contraparte a la Torá, también en cinco libros, también toda ella orientada a la esperanza de *volver* a la Tierra, a la presencia de Dios, cabe decir, a su templo, esa meta del Éxodo.

¿Y el último libro, Crónicas? Muy significativa su posición, su comienzo y su final. Crónicas recapitula todo lo que le precede en la Biblia: comienza con la palabra “Adán,” evocando la misma creación. No se detiene en las faltas y pecados: por ejemplo, no menciona las culpas de Salomón; es decir, no va a repetir la condenatoria historia deuteronomica que a primera vista pudiera parecer sigue muy de cerca (aunque sí se basa en ella). No, presenta una visión armoniosa de todo y todos (hasta los levitas, rebajados de su status sacerdotal en el exilio babilónico si no antes, están contentos con sus reducidas funciones que sí son importantes). El centro de todo es el templo, el culto, algo que organizó no Salomón (el que de hecho construyó el templo que había ideado su padre), sino nadie menos que el rey David. Es decir, la vida litúrgica, en la presencia de Dios, lo es todo.

Y ¿cómo termina este libro recapitulativo? 2 Cr 36:17-23 narra escuetamente la caída de la Casa de Dios y el exilio a Babilonia. Cita la importantísima profecía de Jeremías, interpretándola en clave sacerdotal: la Tierra tenía que descansar, tenía que disfrutar (traducido también “restituir,” menos felizmente “pagar”) los sábados en que no había descansado, según requería la Ley (Ex 23:10-11; Lv 25:1-7). “Siete semanas de años” constituirían un Jubileo (cada 49 años, Lv 25:8-10). Al quincuagésimo año se acabarían los exilios, las deudas, se concedería el perdón de los pecados. Da la casualidad que las mejores fechas para el exilio babilónico son, de hecho, del 587 al 538, o sea, ¡49 años!

Pero la profecía de Jeremías era algo diferente: él había hablado de “setenta años” de exilio, de servidumbre (Jr 25:8-13; 29:10-14). “Setenta años” indica un período “largo,” más de una generación, que suele ser cuarenta años. De todos modos, el final de Crónicas habla del “cumplimiento” de esta profecía. De acuerdo con ésta, Ciro, el rey de Persia que libró a los judíos de Babilonia (¡aunque para someterlos él a su vez!) y al que Is 45:1 llama “mesías” (“ungido), da inicio a la vuelta a la Tierra. Ha sido encargado de construirle una Casa a Yahveh (tarea mesiánica), y exhorta a los judíos exiliados a que vuelvan: más exactamente, a que *suban* (esta última palabra de la Biblia hebrea, en hebreo, es *w^eya‘al*, “y suba.” Ahora, “subir” en la Biblia hebrea es subir al monte Sión, al templo, como *bajar* es bajar a Egipto (ver, p.e., Gn 46:2-4; 50:24; cf. los “salmos de las subidas,” Sl 120-134). La “subida,” en hebreo *‘aliyah*, es la vuelta definitiva a Israel, como se le llama a la inmigración allí hoy día.⁴

Ahora, ¿qué hacer, cómo entender, la profecía de Jeremías? Ya pocos años *después* de la vuelta de Babilonia el profeta Zacarías (*ca.* 520) se preguntaba sobre los “setenta años” del enojo de Yahveh, Za 1:12 ; 7:5. Es decir, se entendía “fin del exilio” como “venida de la salvación,” verdadera restauración (“cambio de suerte,” “retorno de cautivos”), como en el Sl 126. Siglos después (en torno al 165 A.E.C.), Daniel ponderaba la misma profecía, Dn 9:1-2 (aunque la ficción del libro es que este antiquísimo personaje Danel o Daniyyel —ver Ez 14:14; 28:3, y la literatura ugarítica— está en el exilio en Babilonia). Claramente, en su época, bajo la opresión siria de Antíoco IV Epífanes, que pretendía acabar con los judíos observantes y con el judaísmo, no se había terminado el “exilio” de la no-presencia de Dios, no había llegado su salvación, su reino. Pues bien, en buen modo apocalíptico, un ángel “intérprete” le explica a Daniel cómo leer y entender a Jeremías, Dn 9:20-27. Las palabras de Jeremías a interpretar eran dos vocablos hebreos, transliterados así: *šb‘ym šnh*. Como en todas las Escrituras hebreas antiguas, se usaban sólo consonantes: era la costumbre, o la tradición, la que indicaba cómo se debían pronunciar o vocalizar la palabras en caso de ambigüedades o ambivalencias. Con *šnh* (“año,” en singular, pero con significado colectivo, o sea, plural; la raíz hebrea también significa “cambiar, repetir”) no había problema; aquí se vocalizaba y pronunciaba *šanah*

⁴ Ver mi artículo “‘Ya no son ni extranjeros ni forasteros.’ El inmigrante y la migración en la Biblia: una mirada bíblico-teológica,” en *AnáMnesis* 33 (2007) 1-12.

(exacta expresión en Sl 90:10, donde se indica que la medida de la vida humana típica son setenta años). Pero *šb'ym*, que en este contexto evidentemente se pronunciaba (vocalizaba) *šib'ym*, “setenta,” también podía vocalizarse de otra manera, *šabu'ym*, “semanas” (en italiano, se ve claramente la proximidad entre *settanta* y *settimana*). La solución angélica, pues, es combinar las dos maneras de leer la expresión, de modo que “setenta años” y “semanas años” se convierte en “setenta semanas de años,” pensando quizá en términos de Lv 26:18, 21, 24, 28, es decir, en un castigo séptuple, en un exilio prolongado siete veces (70 años x 7 = 490 años). Esto prolongaba el plazo hasta bien cerca del tiempo de la crisis macabea (época en que debemos situar a este libro de Daniel, como dijimos), según los pobres conocimientos cronológicos de la época, y así quedaba válida la profecía del gran Jeremías. También entraba la noción de “semanas de años” del Jubileo, Lv 25:8, y los “sabados” (otro término no muy lejano de “siete,” pues es el séptimo día; en griego bíblico, *sábbaton* quiere decir tanto sábado como semana, p.e., como en Mt 28:1, literalmente, “pasado el sábado, al alborar el primero del sábado [= el primer día de la semana])” que debía disfrutar o descansar la Tierra, Lv 26:34-35, 43. Y, volviendo a Crónicas, vemos que se combina tanto a Jr 25:11-12 como este pasaje de Levítico, 2 Cr 36:21. También hay que señalar que 490 años son diez períodos jubilares, 49 años x 10; esto dio lugar a las expectativas qumránicas de la salvación final (protagonizada por el *elohim* Melquisedec, *IQMelquisedec*) en el décimo jubileo. Y, sin que hiciera complicados cálculos escribales o calendariales, creemos que a este tiempo largo de espera de salvación es a lo que se refiere Jesús y el Nuevo Testamento al hablar de la “plenitud” o del “cumplimiento” del tiempo, Mc 1:15; Gal 4:4; cf. Lc 21:24.

Antes de resumir lo que podemos sacar en limpio de todo esto sobre el canon judío, digamos algo sobre el número de sus libros. Son veinticuatro en la tradición judía; es decir, los cinco de la Torá más los ocho de los Profetas (4 + 4) más los once de los Escritos (3 + 5 + 3), es decir, Salmos, Job y Proverbios, más los cinco “rollos” (*megil·lot*, Rut, Cantar, Qohélet, Lamentaciones y Ester) seguidos por Daniel, Esdrás-Nehemías y Crónicas. Pero es interesante notar que en algunas listas aparecen como veintidós libros, con la unión de Rut con Jueces y de Lamentaciones con Jeremías. Así se obtiene el número de letras del alfabeto hebreo, como símbolo de la totalidad de las Escrituras. Ver también los poemas acrósticos en 22 versos o estrofas, como Sl 34 y 119.

Resumen. Lo que llamamos el “Antiguo Testamento” (ver 2 Cor 3:14) es de hecho una colección de libros orientados al futuro, al cumplimiento de una promesa, a un estado de salvación. También el Nuevo Testamento mira hacia una consumación, aunque de modo diferente. Pero hemos visto que las diferentes partes de la Biblia hebrea indican una intervención divina de salvación que se debe esperar.

La Torá, el Pentateuco, no termina con la entrada a, y conquista de, la Tierra prometida; muy bien se pudiera haber compilado un Hexateuco, seis libros que terminaran con esta conquista narrada en el libro de Josué. De hecho, para la tradición Sacerdotal, carente de escatología, la repartición de la Tierra quizá debería haber sido el fin del recuento fundacional (ver Jos 19:51, que parece usar una fórmula de conclusión, como en Gn 2:1-2; Ex 39:32). Lo que triunfó, sin embargo (para usar una expresión de James A. Sanders), fue la escuela deuteronomica, que sí tenía escatología y miraba hacia el futuro. Fue esta escuela la que tuvo que tenerse en cuenta —como rivales de la escuela sacerdotal— en la formación del Pentateuco, como constitución a base de compromiso entre estas dos escuelas, después del exilio babilónico. Así, después de los cuatro primeros libros (y después de que la escuela sacerdotal diera comienzo al Pentateuco y a toda la Biblia hebrea con su relato de la creación, Gn 1:1-2:4_a), el libro final del Pentateuco es Deuteronomio, que mira no sólo a la entrada a la Tierra, sino a la historia (“deuteronomica”) que le sigue, en donde se termina en el exilio (“Egipto”), de modo que hay que esperar una nueva liberación “pascual.” Es de esta liberación que hablan los Profetas posteriores (literalmente, la liberación del Jubileo en Is 61:1). Fueron de hecho los deuteronomistas (y círculos levíticos afines a éstos) que editaron el *corpus propheticum*. Muy diferente la escuela sacerdotal, que desembocaría en los saduceos, que rechazaban a los profetas y la escatología.

Podemos describir a la parte tercera y final de la Biblia judía como flanqueada por el libro de oraciones (los salmos) y por el libro que es la recapitulación de todo lo que precede. Pero una recapitulación que presenta un estado ideal, purificado, de la historia de Israel, diríamos redimido, sólo que también este libro —y, de hecho, ~~así~~ que los demás— no termina, no tiene verdadera conclusión. Comienza con Adán, pero termina con una exhortación a que *suban* (= vuelvan a la Tierra) los que son del pueblo de Dios,

para participar en la construcción del nuevo templo. Tiene gran significado esto para los cristianos. Esto es lo que veremos en lo que sigue.

El Nuevo Testamento

Estructura. Se ha dicho que también el Nuevo Testamento comienza con una unidad de cinco libros, los cuatro evangelios más Hechos de los apóstoles. Y el “primer” evangelio, Mateo, a menudo se considera como dividido en cinco partes o libros. Luego el primer libro del Nuevo Testamento tendría una correspondencia con la Torá, el Pentateuco.

Después siguen los escritos que conocemos, pero el libro final, Apocalipsis, parece ser también él (como Crónicas), una recapitulación de toda la Biblia. De hecho recicla pasajes de toda ella. Al final, por ejemplo, tenemos el árbol de la vida, y el fin de la maldición (de Génesis). Se canta el “cántico de Moisés” (ahora también es cántico del Cordero), Ap 15:3, o sea, el canto triunfal después del Éxodo (Ex 15). Hay una Mujer en contexto cósmico (sol, luna, estrellas) con dolores de parto que parece dar a luz a la “semilla” enemistada con la serpiente antigua; la cabeza de ésta está herida en Ap 13:3. La maldita tierra que tragaba sangre la Abel ahora rescata a la Mujer tragándose el río que suelta la boca del Dragón. El caótico Mar ni tan dominado por Dios al principio de la creación ahora desaparece, Ap 21:1. Y habría mucho más que notar. Todo converge en la presencia divina simbolizada por la Nueva Jerusalén del mundo nuevo, la Esposa del Cordero: triunfa la Esposa Virgen fecunda (Is 62:5; 66:6-14; Ap 21) sobre la Prostituta idolátrica “Babilonia.” Pero ya no hace falta templo para representar la presencia de Dios, porque Dios y el Cordero moran con su Pueblo (Ap 21:22). Tampoco al final de Crónicas hay templo; existe sólo la intención de construirlo, y la orden de “subir” (cf. Ap 4:1; hace falta subir para ver lo que va a suceder).

El libro del Apocalipsis, como Crónicas, también termina con una espera, la del regreso de Jesús, que viene “pronto.” De hecho, sus palabras no se sellan, como en la apocalíptica normal (cf. Dn 12:4; Ap 22:10); lo que se revela no ocurrirá siglos después, como era el caso para Daniel en Babilonia, sino que debe dentro de poco, Ap 1:3. Veamos ahora cómo podemos entender el Nuevo Testamento, con el trasfondo que nos

proporciona esta comprensión que hemos intentado de la Biblia hebrea. Veremos tres apartados.

Adán: el primero y el último. Toda la Biblia se centra sobre el ser humano, “Adán,” creado a imagen de Dios, pero que quiso ser como Dios. Este pecado de soberbia y desobediencia nos acarreó la expulsión del Jardín de Edén, del Paraíso, o sea, la muerte, la ausencia de Dios (la vida es “conocer,” tener intimidad, con Dios, Jn 17:3; 1 Jn 5:20). El último Adán, Jesucristo (1 Cor 15:45), trastocó el pecado del primer Adán con la actitud y acción que más se le podía oponer: siendo de condición divina, no quiso “arrebatar” la categoría de Dios (Flp 2:6), sino que tomó la forma del Siervo, humillándose hasta la muerte y la muerte más ignominiosa (en un árbol que sí dará vida, no como el de que comió Adán). Es este Hijo es que es “arrebato” a la presencia divina, Ap 12:5.

La figura del Siervo es importante. Sufrir por los demás, carga con el pecado de “muchos,” así como nosotros cargamos con las consecuencias del pecado de Adán. Es una figura que el judaísmo llegó a identificar con el Mesías (como en el Targum de Isaías, es decir, su interpretación aramea), aunque no como “mesías sufriente.” Jesús sí que es identificado como un ser redentor “global” desde su bautismo: las palabras del Padre lo identifican como Siervo (“en quien me complazco,” Is 42:1, primer cántico del Siervo) e Hijo (o sea, Mesías, 2 Sam 7:14; Sl 2:7; 89:27) ofrecido en sacrificio (“amado” remite a Isaac en Gn 22; ver Jn 3:16). Más aún, Jesús se llama a sí mismo el “Hijo del hombre,” y repetidas veces vincula esta designación a su Pasión. Ahora, ya para la época de Jesús las Parábolas del Libro de Henoc habían identificado al “Hijo del hombre” tanto con el Mesías como con el Siervo Elegido de Isaías (si bien tampoco aquí se concebía que este personaje sufriera, sino más bien, que sólo libraría a los demás del sufrimiento). Luego en Jesús tenemos un redentor global que debe sufrir (ver Lc 24:26). Este sufrimiento se debe entender como una “corrección” operada en la persona del hijo rebelde (Adán), una purificación, una circuncisión del corazón. Esto era necesario para restablecer la relación rota con Dios, es decir, la reconciliación (ver Ro 5).

La manera como se entiende este restablecimiento de buenas relaciones con Dios en una importante tradición veterotestamentaria es mediante el concepto de “nueva alianza.”

La alianza, nueva y eterna. El pecado rompe la relación con Dios. ¿Cómo? Porque causa vergüenza. Ya desde el primer pecado Adán y Eva se esconden de Dios, mientras que antes no habían sentido vergüenza. La gran separación entre buenos y malos que habrá en el juicio final según Dn 12:2-3 se describe en términos de los que despiertan para la vida eterna y los que van a una vergüenza y “bochorno” eterno; esta palabra, en hebreo *d'raon*, sólo se encuentra en otro lugar, al final de Isaías (“asco,” en la *Biblia de Jerusalén*), en un castigo de fuego eterno. Para restablecer una relación con Dios hace falta una eficaz purificación de la conciencia. Esto es lo que lleva a cabo Jesús, como mediador de la Nueva alianza (Heb 9:13-15).

Dios había creado una buena creación, pero el pecado le había causado pesar, al punto de querer acabar con toda ella (Gn 6:5-13). El diluvio limpió a medias las cosas, pero el pecado se multiplicó igual. Como después de la expulsión del Jardín se sembró alguna esperanza (quizá la enemistad entre el linaje de la mujer y la serpiente, o las túnicas con que Dios vistió a nuestros primeros padres), después del diluvio la esperanza es representada por el arco iris: le recordará a Dios de la “eterna alianza” por la que nunca más volverá a destruir el orbe (Gn 9:8-17). Es a esta alianza a lo que se referirá el “Segundo Isaías” en las postrimerías del exilio babilónico, cuando recalcará que nunca hubo divorcio real entre Él e Israel, sino que su “amor” y “alianza de paz” son eternos, Is 54:1-10.

Otro profeta del exilio había hablado de una alianza eterna, Ezequiel. Esta alianza estaba vinculada a un solo pastor davídico, el “buen pastor,” Ez 34:23-25. Pero requería una limpieza, un corazón nuevo, un gran arrepentimiento (sentir asco de sí mismo), Ez 36:25-32. Es entonces que Dios, con su siervo David como “elevado” (“príncipe”), podrá realmente morar con su pueblo, Ez 37:23-28. Esto, después de una verdadera resurrección (esa de los huesos secos, Ez 37:1-14).

La escuela deuteronomica usa otros conceptos y vocabulario. Se hizo una alianza en el monte Sinaí (que denomina “Horeb”), pero ésta se rompió de inmediato, con los novillos de oro, Ex 32; Dt 9:7-8; 1 Re 12:28. Por ende, hace falta una alianza nueva, otra alianza. La escuela deuteronomica habla de ambas: “otra alianza,” diferente (o aparte) de la del Horeb, Dt 28:69, una “nueva alianza” escrita en el corazón, Jr 31:31-34, que conllevará el perdón definitivo. Se trata de la “circuncisión” del corazón, Dt 10:16; 30:6;

Jr 4:4. Es lo que el Nuevo Testamento llamará la circuncisión de Cristo, Col 2:11; Flp 3:3. ¿Cómo tiene lugar esta “circuncisión”?

Es la purificación que lleva a cabo el Espíritu Santo, que envía Jesús. Ocurre sea el día de su resurrección, como en Jn 20:22-23 (ver Jn 19:30), o en Pentecostés, como en He 2:1-4; 15:7-9. Es el bautismo no con agua, como el de Juan Bautista, sino con fuego y Espíritu Santo, Mt 3:11; Lc 3:16. Este se concedió por el sacrificio de Jesús, concebido como “bautismo” que trae fuego a la tierra, Lc 12:49-50 (cf. Mc 9:47-49). Es así que se inauguró la Nueva alianza el día de Pentecostés. Ahora, para Jeremías esta nueva alianza se entendía en el contexto de la salvación descrita en términos de “vuelta” a la Tierra, es decir, a una relación restaurada con Dios, vuelta mutua de Dios a su pueblo y del pueblo a la presencia divina (la unidad relevante es Jr 30-31; véase cómo comienza). Y esto nos lleva de nuevo a la idea de que la meta del Éxodo es la presencia divina, el “templo.”

El “templo” de Dios. El uso de la palabra “templo” es ambiguo, pues los textos más significativos desmienten que Dios habite en un “templo.” Comencemos por 2 Sam 7, donde David quiere construirle una “casa” a Yahveh. Yahveh le responde que nunca ha habitado en una casa, sino que desde que hizo subir a los israelitas de Egipto andaba en una tienda y morada (en hebreo, *ohel uvmiškan*). Esta última palabra viene del verbo hebreo *šakan*, “reposar, morar, permanecer.”

Cuando el templo es construido por Salomón, se está consciente que ni los cielos pueden contener a Dios, tanto menos una casa hecha por mano humana, 1 Re 8:27; He 7:44-50. Son los cielos el “lugar (*m^ekon*, estado constructo de *makon*) del morar” de Dios, 1 Re 8:39, 43, 49. Esta palabra *makon* se usa también en Ex 15:17 para designar la montaña santa, Sión, el santuario de Dios. Más común es otra palabra hebrea para designar “lugar,” *maqom*, como en Is 66:1, “lugar de mi reposo,” *maqom m^enujati*. Este reposo es divino, como se ve en Sl 95:11; 132:8; Dt 12:9-12; Heb 3:7-4:11; Ap 6:11; 14:13; cf. Mt 11:28-30. Ahora, este “lugar” (*maqom*) es también la meta del éxodo, Ex 23:20 y a lo que apunta el “ultimo capítulo” de la “Ley y los Profetas,” MI 3.

Esto nos lleva al Cuarto evangelio, que ocupa un lugar especial en el Nuevo Testamento. Podríamos decir que el Cuarto evangelio (“Juan”) recapitula los tres sinópticos de modo que se hace una *inclusio* (cierra, como los sujetalibros) con el primer libro de la Biblia, Génesis. Juan comienza como lo hace el Génesis en la Septuaginta, “En

el principio,” hablando de la Palabra de Dios que crea la vida y la luz. Es esta Palabra la que se hace carne, humana, en Jesús, que pone su tienda o morada entre nosotros. Jesús es el que nos revela al Padre y nos hace capaces de relacionarnos con Él. Es todo el proyecto, la “obra,” de la Palabra: encarnarse en Jesús para mostrar la “gloria” (lo que Dios nos puede manifestar de sí mismo) del Padre. Esto lo hará mostrando el amor inaudito de Dios, que se hace hombre y da su vida por nosotros, amándonos hasta el extremo.

¿Cómo se nos manifiesta Jesús en este evangelio? ¿Quién es?

Jesús es toda la “comunicación” de Dios con el ser humano, no sólo la revelación divina, sino la Palabra creadora y recreadora. Es la luz del principio de la creación, no una luz natural (la de los astros creados en el cuarto día), sino una misteriosa luz primordial que sirve para señalar la separación entre lo que es de Dios y lo que no es, lo que se le opone (Gn 1:1; Is 60:1-2; Za 14:7; Jn 8:12; Ap 21:23-24).

Jesús es esta “gloria” de Dios, Jn 1:14; “gloria” indica la manera en que Dios se manifiesta en textos sacerdotales del Antiguo Testamento. En primer lugar, en Ex 40:34-35, cuando la tienda se llena de la gloria divina. En Jn 1:14, se dice que la Palabra se hizo carne y “puso su tienda” entre nosotros, de modo que contempláramos su gloria. Esto también evoca la *šekina*, la expresión rabínica para la manifestación radiante de Dios que ocurre cuando “dos o tres” se reúnen a estudiar la Torá (cf. Mt 18:20). Pero también el uso de “palabra” (*logos*) aplicado a Jesús evoca el uso arameo de *memra*, “palabra,” en lugar de “Nombre” como circunlocución para Dios (como es usual en la escuela deuteronomista; ver 1 Re 8:29; 2 Re 23:27; Jr 7:11, y aun en el Padre nuestro, “santificado sea tu Nombre”).

Jesús es la Sabiduría de Dios, la revelación divina que da vida, alimenta, al creyente, por la que Dios creó al mundo y al hombre (Pr 3:19; Sb 9:1-2); es “el árbol de la vida,” Pr 3:18. Es esta la Sabiduría que baja a la tierra a “poner su tienda” en Israel, Sir 24:8; se le identifica con la Torá, que no sólo es la “Ley” sino toda la revelación de Dios, Sir 15:1; 24:23 [32-33]. Esta sabiduría es metaforizada como alimento: una vid o un panal, Sir 24:17-22 [23-30]; un banquete con carne, pan y vino, Pr 9:1-6, o agua, Sir 15:3, que riega un jardín (como el de Edén, Sir 24:23-34 [32-47]).

La Sabiduría es como una mujer fiel (al contrario de la adúltera, que es para los necios, Pr 5). La Sabiduría busca por las calles a los que la desean, Pr 1:20-33. El fiel quiere esposarse con esta Sabiduría encarnada, Sb 8:2; Wis 8:2; Sir 15:2. La que triunfa en el Apocalipsis es la Virgen Esposa del Cordero, no la bestial, infiel Prostituta.

Jesús también es el novio y el pan del cielo que da vida. Israel debería haber aprendido en el desierto que “no sólo de pan vive el hombre, sino de lo que sale de la boca de Yahveh,” Dt 8:2-6. Jesús recorre todo este camino de Israel en el Cuarto evangelio. Después de la boda de Caná, que evoca el desposorio del tiempo mesiánico (con quizá esa seducción escatológica, o reconquista de un amor perdido, dañado, en el desierto Os 2:16-22 [14-20] en el trasfondo), el Cuarto evangelio parece aludir al tiempo de Israel perdido en el desierto cuando narra lo del paralítico que había yacido treinta ocho años sin poder, o querer, curarse, Jn 5:5-6; Dt 2:14. Jesús entonces cumplirá la tipología del maná, Jn 6, dándose a sí mismo como alimento de sabiduría, de comunión con Dios. En Jn 7 tenemos la gran fiesta de las “tiendas,” fiesta de luz y de agua viva. Es la luz primordial de Gn 1 y Za 14, y el agua viva de Za 14 y del templo escatológico de Ez 47, que sana todo; ver Jn 7:37-38; 8:12. Es el agua que sale del costado de Jesús en la cruz, junto con su sangre, Jn 19:34, es decir, el Espíritu purificador, 1 Jn 5:5-8, que da la adopción divina.

Esto nos trae al Cordero de Dios, que “quita” (mejor, “levanta”) el pecado del mundo (espero tener un artículo sobre esto en el futuro cercano). Es el cordero mudo de Is 53, pero también el cordero pascual degollado cuya sangre salva a Israel en el éxodo (en Juan, Jesús muere a la misma hora de los corderos pascuales, Jn 18:28; 19:14, 31-36; cf. Mc 14:12). El Cordero es la contraparte del León, el Rey (Yahveh, Am 1:2; Jl 3:16; Jesús, Ap 5:5-6). En vez de reclamar los honores de un rey, fue coronado de espinas y escarnecido, Jn 18:37; 19:1-3. Es decir, también aquí hace lo opuesto de Adán.

Esto finalmente nos conduce de nuevo al Jardín. La lucha del hombre Jesús, del Nuevo Adán, tuvo lugar en un jardín, Jn 18:1, 26 (cf. los ecos de Getsemaní en Jn 12:27-32). Es donde se somete a la voluntad del Padre de que dé su vida para el mundo, muriendo de una manera muy específica: tiene que ser “levantado,” expresión que en arameo significa tanto ser “exaltado, glorificado” como “crucificado” (Jn 3:13-17; 8:26-29; 10:17-18; 12:27-33; espero tener un artículo próximamente los significativos verbos

en hebreo y arameo para “levantar”). Resucitará en un Jardín, Jn 19:41, como el Nuevo Adán Jardinero, Jn 20:15 (cf. Gn 2:15). Pero ¿qué decir del sepulcro vacío, en el jardín, Jn 19:41?

El Pentateuco había terminado sin entrada definitiva, sin permanencia alguna, en la “Tierra de la promesa,” Heb 11:9-10. Pero los patriarcas sí habían logrado poseer algo en esa Tierra: un sepulcro, que Abrahán había comprado, Gn 23. Recordando una idea de mi *professoressa* en la universidad Gregoriana, Bruna Costacurta, habría que meditar sobre estos dos sepulcros, uno con huesos, otro vacío.⁵ Sólo la “semilla” de Abrahán (Cristo, Gal 3:16) heredaría la Promesa (la Promesa es la Resurrección, según He 13:32-33; 26:6-8). Pero nosotros, *en Cristo*, somos coherederos y partícipes en esta Promesa, Gal 3:29; Ro 8:14-17, pues también hemos recibido el Espíritu de vida y resurrección que es también la Promesa, Lc 24:49; He 1:4; 2:33, 39.

¿Cómo nos hacemos partícipes de esta Promesa (y “promesa” es una palabra que nos viene del griego que expresa lo que la fuente sacerdotal en hebreo llamaba “alianza eterna,” Gn 17)? Entrando, y permaneciendo, *en Cristo*. En el Cuarto evangelio, esto se ilustra mediante el símbolo de la vid y los sarmientos, Jn 15. La vid era Israel, Sl 80. Es también el “hijo del hombre,” Sl 80:15-18 (el texto hebreo está bien difícil de entender, aquí no podemos confiar de las traducciones). Esta viña aparece en el recuento escatológico que hace Jesús de la historia de Israel en Mc 12:1-11. Los siervos son los profetas rechazados y maltratados; al final, en el *ésjaton*, el Señor de la viña envía a su Hijo amado, a quien matan y echan fuera de la viña. Pero éste se convertirá en la Piedra principal de una nueva construcción (Ef 2:19-22). Jesús es el “hijo del hombre” colectivo, como en Dn 7 (“los santos del Altísimo”), es decir, el Nuevo Adán en que todos recobramos la vida, el hombre nuevo de corazón circunciso, obediente hasta la muerte: el nuevo “templo” de Dios, Lugar donde lo encontramos. Palabra divina que también mora en nosotros, encarnada en Jesús resucitado, Jn 14:23; 17:26; también el Espíritu mora en nosotros, 14:17.

⁵ Respecto al Calvario, “Lugar del cráneo” según Mc 15:22, dice ARMAND PUIG I TÀRRECH, en *Gesù. La risposta agli enigmi* (versión italiana del original catalán de 2004; Milano: San Paolo, 2007, 2008²), 691, que (traduzco) “La tradición cristiana, a partir del siglo tercero después de Cristo, ha querido vincular este nombre con el cráneo y los huesos de Adán, que habría sido sepultado ahí, para presentar a Jesús como el que inicia una humanidad nueva: este es el origen de una iconografía muy frecuente en los crucifijos e iconos.”

Conclusión. Podemos entender toda la Biblia, tanto la judía como la cristiana, bajo la rúbrica de 1) presencia original de Dios; 2) exilio/ausencia de su presencia, estado de pecado y castigo; y 3) presencia restaurada de Dios/perdón/salvación. Cada una de las unidades de la Biblia hebrea miran hacia esa salvación futura. El Nuevo Testamento proclama el cumplimiento de estas esperanzas, de esta Promesa, *en Cristo*, Lugar de la Presencia de Dios.